

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

→ BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1888 ←

Núm. 359

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — Nuestras grabados. — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *Los grandes de España*, por don Julio Monreal. — *El Teatro tagalo*, por don Vicente Barrantes. — *Noticias varias*.

GRABADOS. — *Instalaciones tunecinas*. — *La estatua de Shakespeare en París*, esculpida por Pablo Fournier. — *Las catástrofes de Chile: Las tropas recogiendo cadáveres de entre los escombros en la calle de San Juan de Dios*. — *Derrumbes de la calle de Bellavista*. — *Estado de la plaza de Anibal Pinto, después de la inundación*. — *Segundo derrumbe de dos arcos del puente de cal y canto, visto de cerca del Machón*. — *Flores y aromas*, cuadro de Juan Costa. — *Instalaciones junto al lago*. — *Suplemento Artístico: En la laguna al despuntar el alba*, cuadro de Ricardo Friese.

NUESTROS GRABADOS

INSTALACIONES TUNECINAS

Exposición Universal de Barcelona

Por lo mismo que la región africana ha dado escaso contingente á nuestra Exposición, sus productos excitan más vivamente la curiosidad general. Los de Túnez, tal vez los únicos expuestos de esa parte del mundo, sin que carezcan de lo que pudiéramos llamar carácter típico, acusan de manera clara la influencia que en sus fabricantes ejerce el comercio europeo. Un paso más y los productos tunecinos

se confundirán con los más comunes que salen de nuestros talleres. Esto no prueba sino que la civilización sigue triunfalmente su camino.

LA ESTATUA DE SHAKESPEARE EN PARÍS esculpida por Pablo Fournier

Guillermo Shakespeare es tal vez el mayor de los dramaturgos conocidos: bajo este concepto su gloria no es simplemente una gloria nacional, es una gloria de la humanidad. Ello, empero, dudamos que la ciudad de París hubiera consagrado un monumento público al autor de *Hamlet* y de *Otello* si no se le hubiese ocurrido á sir Guillermo Knighton hacer presente á la capital de Francia de la estatua conmemorativa de su inmortal compatriota. Confióse la obra al escultor francés Pablo Fournier que la ha ejecutado á conciencia, visitando museos y colecciones particulares de Inglaterra para hacerse cargo del verdadero semblante del gran escritor. Personas competentes dicen que ha conseguido su objeto.

En la encrucijada que forma el boulevard Haussmann y la avenida de Mesina es de ver esa estatua, erguida sobre el pedestal de la gloria de Shakespeare, con un libro abierto en la mano derecha, recogida la capa en el brazo izquierdo, en actitud de meditar, de crear en el fondo de su inteligencia alguno de esos tipos que resistirán al influjo de los siglos, porque, al igual del genio que les dió vida, son hijos de algo superior é inmortal.

LAS CATÁSTROFES DE CHILE

El día 12 de agosto último tuvo lugar en Valparaíso uno de esos hechos que demuestran hasta qué punto son frágiles los cálculos hu-

manos cuando la naturaleza se empeña en destruirlos. He aquí en qué términos lo refiere el periódico *La Unión* de Valparaíso:

«A la voz de *El mar se sale, El mar se sale*, que como el rayo cayó en los barrios más centrales de la población propagándose instantáneamente por toda la ciudad, cuarenta ó cincuenta mil personas abandonaban en la mañana de ayer su hogar ó sus ocupaciones, y muchos aun el lecho, precipitándose á la calle y á las plazas en busca de salvación los tímidos ó de noticias los más serenos.

»Felizmente para el efecto de evitar desgracias aun mayores, casi al mismo tiempo con esta, comenzó á circular la noticia verdadera, que si bien no tan tremenda como la primera, era sin embargo mil veces horrible, desastrosa y lamentable. Un tranque del cerro de Bellavista se había derrumbado dando curso libre á las aguas acumuladas durante el riguroso y ya deplorable invierno, despeñándose por la quebrada, destruyendo casas y toda clase de obras y comprometiendo multitud de vidas.

»Como vivo testimonio del inmenso desastre llegaban las aguas cenagosas hasta algunas cuadras más allá de la plaza de la Victoria por la parte del Almendral y hasta el Hotel de France y calle de Blanco por la del Puerto. En este inundo mar de fango veíanse flotar escombros de toda especie, trozos de tabiques, ventanas y puertas, sillas y otros muebles, ropas, maderos, adoquines y tablas, canastos, botellas y toda especie de utensilios, un mundo en fin de objetos destruidos.

»A medida que nos acercábamos al barrio de Bellavista las noticias iban siendo más y más horripilantes y el pánico más grande y mejor fundado.

»Verdaderamente aquella parte de la ciudad se había vuelto otra, imposible casi de reconocer. Nuestras mejores y más frecuentadas

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



INSTALACIONES TUNECINAS (De fotografía de los señores Audouard y C.^ª, concesionarios exclusivos)

calles no eran sino un inmenso pantano de lodo coronado por el más confuso y revuelto hacinamiento de destrozados.

»Aquello parecía más bien un sueño, una página tristísima de historia de otro tiempo y lugar.»

Respecto de las causas originarias de la catástrofe las explica el diario *La Tribuna* de la manera siguiente:

«Deseosos de averiguar con exactitud la verdadera causa de la catástrofe, nos trasladamos ayer á la parte superior de esta quebrada, en donde pudimos obtener los siguientes datos:

»A distancia de unas ocho ó diez cuadras más arriba del Camino de Cintura existía desde hace 15 años un tranque hecho por don Nicolás Mena, para retener las aguas de la quebrada, con el objeto de beneficiar con ellas los terrenos y establecimientos que ese caballero posee tanto en esa quebrada como en el cerro de la Florida.

»La muralla del tranque era hecha toda de tierra y piedras, midiéndolo en su base de diez á doce metros.

»Durante la administración del señor Toro Herrera consiguió el señor Mena elevar la boca del tranque cosa de cuatro metros; y el estanque, de una capacidad para almacenar cinco mil metros cúbicos de agua que antes tenía, pasó á ser capaz de contener de diez á doce mil metros.

»La obra nueva como la antigua era hecha con la misma tierra colorada y gredosa que naturalmente no alcanzaba á sostener el enorme peso del estanque, completamente lleno, como se hallaba con las lluvias del presente invierno.

»Esta muralla ha sido, pues, la que con su derrumbe ha descargado sobre la ciudad la enorme masa de aguas almacenadas en el estanque y que en su empuje han arrastrado grandes cantidades de peñascos y los árboles que han encontrado á su paso en la parte superior. En el Camino de Cintura deshicieron instantáneamente las obras de defensa que allí había y algunos edificios de propiedad del señor Mena, y luego incrementadas por cuanto encontraron en el trayecto precipitáronse sobre las moradas de los pobladores de la quebrada que ocupaban el fondo y las laderas inmediatas, arrastrando un gran número de ellas, derrumbando ó destruyendo otras y causando por consecuencia la más espantosa mortandad entre los desprevénidos habitantes.»

Las pérdidas materiales son enormes; pero ¿qué significan al lado de los trescientos cadáveres que se dicen extraídos de las aguas, del lodo, de las ruinas amontonadas por la catástrofe?

Nuestros grabados, copias de fotografías remitidas por los señores Cuspineria, Teix y C., dan idea de los efectos de esa inundación que hace época en los anales nefastos de Valparaíso. Las autoridades y vecinos de la ciudad cumplieron como buenos; algunos hicieron más, portáronse como héroes.

Consagremos una lágrima á la memoria de las víctimas y el tributo de admiración que merecen aquellos ciudadanos que expusieron gravemente su existencia para salvar la de sus hermanos.

LA ROTURA DEL PUENTE DE CAL Y CANTO de Santiago de Chile

Las ciudades construídas junto á caudalosos ríos tienen en estos un enemigo que parece acechar la hora de las venganzas. El Mapocho es el enemigo de Santiago de Chile. Para contrarrestar sus efectos, para hacer impotentes sus frecuentes alaridos de insurrección, existía el puente denominado de *cal y canto*, obra monumental de la época de la dominación española, fruto de quince años de trabajo, de 242 varas de longitud y once ojos ó arcos de once varas de luz. Inició su construcción el corregidor D. Luis de Zañartu en 6 de setiembre de 1767 y según el historiador Mackenna fueron necesarios dos martirios para llevarle á cabo, el del corregidor y el de los presidiarios que le fueron concedidos para auxiliar la obra.

Más de un siglo hacía que ésta venía resistiendo las avenidas del Mapocho, cuando el 10 de agosto último, en pleno día y sin duda á causa de las lluvias torrenciales recientemente ocurridas que engrosaron extraordinariamente el caudal del río, se desplomó con terrible estruendo el soberbio machón del segundo arco, quedando sostenido providencialmente el puente en la punta de ese machón, del lado poniente.

«En casi todos los espectadores de la catástrofe (dice un diario de la localidad) se vió pintado un sentimiento de pena al ver caer esa mole que ha desafiado los tiempos, y se protestó de que se hubiera abandonado por cálculo ó capricho de pésimo gusto, el puente que tanto peligro amenazaba.»

FLORES Y AROMAS, cuadro de Juan Costa

Pertenece este lienzo, de artista italiano, á la clase de aquellos cuadros cuyo principal atractivo es lo simpático del asunto. Dicese vulgarmente que con huevos, leche y azúcar mezclados no puede resultar sino cosa buena. Pues en producciones de arte cabe decir que con juventud, hermosura, sedas y flores no puede combinarse sino cosa bella.

Dos jóvenes señoritas, en la primavera de la vida, cuyas naturales gracias hace resaltar un elegante traje, aspiran el aroma de unas flores apenas cortadas de sus tallos, frescas, lozanas, saturadas de perfumes. La escena trasciende á felicidad y la felicidad encuentra fácilmente quien simpatiza con ella. El mérito del pintor en tales casos se reduce, cosa no siempre fácil, á expresar el concepto en la forma más sencilla posible. Cuando esto se consigue, como lo ha conseguido Costa, el éxito del cuadro está asegurado.

INSTALACIONES JUNTO AL LAGO

(Exposición Universal de Barcelona)

Para hacer agradable una Exposición Universal no hay que contar solamente con los edificios que contienen las instalaciones. Un refinamiento de coquetería, digámoslo así, exige que aquéllos se hallen enclavados en un recinto general embellecido por la naturaleza y á falta de esto por la mano del hombre.

Pero esta parte del programa es tal vez una de las más difíciles de ejecutar, porque en una Exposición todo es improvisado; lo único que no se improvisa del todo son los jardines, la vegetación, aquello que necesita tiempo forzosamente si no ha de aparecer raquítico y desmedrado donde todo respira pompa y grandeza. Esta dificultad no ha existido en la Exposición de Barcelona, gracias al hermoso y vasto Parque en que ha sido emplazada, cuya belleza y esmerada conservación no apreciamos los barceloneses en todo lo que vale á puro estar acostumbrados á ellas. En cambio los forasteros no escasean sus justas alabanzas y ponderan unánimes el sitio en cuestión, que abunda en vistas tan agradables y pintorescas como la que publicamos en el presente número.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EN LA LAGUNA AL DESPUNTAR EL ALBA cuadro de Ricardo Friese

Premiado en la Exposición Universal de Munich

Nuestros favorecedores conocen á Friese: es tal vez el pintor de fieras más sobresaliente de nuestros tiempos. De tal modo conoce á los animales carnívoros que en él corren pareja el artista y el naturalista. En el cuadro que hoy reproducimos ha dado una imagen exacta de la celada dispuesta por el rey de las selvas para abatir á un formidable búfalo. El poderoso león sabe que su temible competidor, seguro de su fuerza y armas formidables, bajará, como todos los días, al despuntar el alba, á apagar su sed en la laguna.

Apenas el búfalo ha sumergido sus fauces en el agua, el león le ha asaltado furiosamente; pero su contrincante se resiste bravamente y quizás el carnívoro lo pasara muy mal á no acudir en su defensa un compañero veterano que, sin quitar ni poner rey como el francés de la historia, ayuda al individuo de su especie. El búfalo es aterrado y los rugidos del león anuncian su victoria.

A la vista de este lienzo cualquiera sospecharía que el autor ha podido copiar tranquilamente la escena que ha pintado. La fotografía instantánea no la reproduciría con mayor verdad. Es que Friese, á sus constantes estudios del natural, reúne un conocimiento poco común de los más secretos y poderosos recursos del arte pictórico.

El emperador Guillermo II, que ha comprado recientemente un cuadro de este célebre artista, ha puesto á su disposición el bosque de Ibenhorst, donde todavía se conservan alces y otros animales silvestres, para que pueda dedicarse á hacer estudios del natural. El cuadro de Friese *Los ladrones del desierto*, que insertamos en uno de los anteriores números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y que obtuvo medalla de oro en la exposición de París 1885, ha sido adquirido últimamente para el Museo de pinturas de Dresde.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

PABELLONES É INSTALACIONES

Nuestra Exposición se habrá distinguido tanto por lo que en ella se exhibió como por la forma de exhibirlo. El decorador y el carpintero, el dibujante y el ebanista cooperaron á la obra del industrial á tal punto que, con haber sido llamados para que realizaran el objeto expuesto, acabaron por eclipsarlo. Así en el Parque los pabellones, como las instalaciones colosales en el Palacio de la Industria, pueden llamar la atención por sí solos y con independencia de su contenido. Los expositores barceloneses en particular, con criterio abiertamente opuesto al de muchos extranjeros que presentaron sus productos en sencillos escaparates, han blasonado de atraer la atención á larga distancia con mostradores pomposos y han competido en eclipsarse mutuamente poniendo á contribución para ello el lujo, el ingenio, á veces la extravagancia, y otras también, las dimensiones: *ultima ratio* en esta suerte de competencias, cuando la instalación hace oficios de gran reclamo y desaparece la mercancía bajo el rótulo y la marca de fábrica. No diré que todos los industriales hayan obedecido única y exclusivamente á este mismo deseo; sobre ser injusto y falso, afirmararlo ahora sería anticiparme á lo que diré en este artículo, pero aun los más reacios han debido sentirse tentados de aplicar el principio que formulaba uno de ellos, con frase gráfica y concisa. Exponía el tal á un dibujante-decorador su propósito de encargarle la construcción de unos mostradores y resumía su deseo así: «Hágalos Vd. como guste, pero quiero que sean *más altos que todos*; que se vean de todas partes.» — Y en realidad, en las naves españolas, las instalaciones se ven antes que nada y *por encima* de todo.

Por lo que al Parque se refiere, siendo el sitio ameno, de diversas perspectivas y líneas variadas, el anhelo de lucirse en la forma exterior de los pabellones, no podía menos de producir felices resultados, y añadir atractivos nuevos á tal variedad y amenidad. Estas formas empleadas son tan distintas entre sí que no cabe sujetarlas á una sola descripción, ni resumirlas en un solo párrafo. Se ve allí de todo; y campean en tan caprichosas construcciones diversos estilos, resultado de la imitación de lo exótico, ó ensayo y tanteo de algo nuevo y original que vemos despuntar no sólo en la ornamentación de los edificios sino en todas las aplicaciones del dibujo decorativo, así en los trabajos tipográficos como en el mobiliario. Sólo en las techumbres de los diversos pabellones hallamos ya infinita variedad de formas desde la consabida casita suiza, hasta la reventona cúpula de la mezzquita rematada por la medallona. Aquí un templo egipcio en miniatura, como trozo desprendido de una decoración de *Aida*; allí la choza filipina de pajizo techo montada sobre bambú; la casa japonesa más abajo, con los farolillos de colores meciéndose en el aire; en todas partes, las varias formas del aguaduco portátil, cajón con escaparates, armario cobijado debajo de un toldo, á manera de gran paraguas, ó vasta anaquelaría semi-circular que se abre en forma de abanico. El pabellón del Casino mercantil tiene su galería corrida adornada con candelabros y resguardada del sol con elegantes toldos; el del Marqués de Campo reduce decorado exteriormente con azulejos. Así, el hierro, la madera pintada ó sólo barnizada, las mayólicas, las telas de colores, se combinan al infinito y producen un conjunto cuyos tonos gratos y brillantes contrastan ó armonizan con la vegetación.

Entre estos diversos pabellones, algunos merecen más particular atención por su originalidad ó por el concienzudo conocimiento del estilo que imitan, como en fac-símile de pequeñas dimensiones. A esta clase pertenece el pabellón de Sevilla, reducido compendio del arte característico de aquella ciudad, con su torre ó alminar cuyo saliente alero guarece y sombrea los pareados ajimeces y cuyos muros adornan ajaracas primorosas; con su arco de herradura en la portada y su reja del Renacimiento junto á ella; con sus alizares de azulejos, en fin, ciñendo exteriormente las paredes y la capillita churrigueresca en la esquina. En esta combinación caprichosa de tales elementos, se cifra el carácter de algunas obras sevillanas, que participan á la vez del estilo granadino y arábigo y de las construcciones del Renacimiento empotradas posteriormente en sus viejos edificios. Pero no corresponde sólo á este carácter el pintoresco exterior. El patio que ocupa el centro del pabellón, es imitación, ó mejor dicho, reproducción exacta de los que contiene el famoso Alcázar: sus arcos anclados descansan sobre esbeltas colum-

nas: sus tabiques van revestidos de almocábares, cenefas, lazos, tracerías é inscripciones cúficas, como primorosos encajes de piedra; una galería ciñe el rectángulo y un surtidor en medio cae rumoroso en pequeño estanque de agua cristalina donde colean algunos peces... Es aquel el mismo patio andaluz con todos sus hechizos: luz cenital, suave y tranquila, afligranada ornamentación, fresca grata y apacible murmullo. Todas estas condiciones y este decorado armonizan perfectamente con las instalaciones y productos allí expuestos, y contribuyen á que se comprenda mejor su belleza, de modo que el pabellón es de los pocos que acierta plenamente con su fin, y no parece, como en tantas otras ocasiones, superfluo ó extravagante aquel lujo de pintorescos detalles.

La casita japonesa, junto al lago, es también característica, tal vez más que por su estilo harto conocido, por ser peculiar modelo de la habilidosa maestría con que improvisan los japoneses tales construcciones valiéndose particularmente del bambú y de la madera de enebro en su estado natural, cortándolos, ensamblándolos y labrándolos primorosamente y de tal modo que pueden montar y desmontar el pabellón fácilmente y utilizando todas sus piezas. Adornan luego el esbelto y ligero edificio con gracia y encanto singulares que participan también de aquella ligereza y perentoriedad de la improvisación. Los flexibles mástiles que flanquean la cerca y dan al viento el pabellón imperial; los pintados farolillos colgantes bajo el cobertizo, ó en sarta á lo largo de las cuerdas ondulando, atadas de uno á otro poste; el mismo color natural de la madera empleada, le dan ese aspecto de construcción transitoria, que tiene un hechizo indefinible, y es el más propio, el más acorde con los mismos objetos expuestos, primorosos, quebradizos, elegantes y de colores delicados.

Fuera de estas instalaciones al aire libre, las que encierra el Palacio de la Industria no merecen, con escasas excepciones, elogio alguno. Dije antes que, desde luego, llamó la atención general lo aparatoso de la mayoría de ellas, tanto que el Sr. Sampere y Miquel ha podido discurrir en esta parte largamente sobre si la Exposición de Barcelona había innovado de un modo radical el arte de exhibir los productos, y á otro escritor, el Sr. Sardá, le ha sido fácil sin forzar el ingenio, descubrir en aquella presuntuosa y enfática magnificencia de nuestros industriales, un síntoma cierto de que el antes sesudo y modesto catalán se *quijotiza*, si cabe el verbo, con el afán de aparentar y deslumbrar antes que todo: ¡á tal punto salta á la vista, como contagiada manía general, el carácter singular que presentan particularmente las instalaciones catalanas en visible contraste con el buen gusto de las extranjeras!

No he de ampliar la ingeniosa observación del Sr. Sardá, ni puedo añadir nada nuevo á las múltiples y atinadas del Sr. Sampere y Miquel, que trata del arte de instalar los objetos desde los más certeros y curiosos puntos de vista. Por mi parte, suscribiendo el parecer de ambos escritores, consignaré únicamente que aquel conjunto de instalaciones me produce el más deplorable efecto. Exceptúo, — porque siempre la imparcialidad fuerza á la excepción, — escaparates, kioscos ó mostradores dibujados por excelentes arquitectos, y dicho se está que con sencillez, porque sus autores tienen buen gusto; exceptúo aquellas exhibiciones de artes suntuarias, como muebles, joyas, etc., que requieren para su realce un fondo armónico ó todo un apropiado escenario para que el espectador pueda juzgar por sí mismo del efecto que harían aquellos productos en su verdadero lugar; fuera de esto, no creo que haya instalación mejor que la que permite ver de cerca el objeto sin eclipsarlo en lo más mínimo ni sustituirlo engañosamente con el reclamo. Por lo cual restan no sólo censurables, sino ridículos los grandes armatostes, cuyas dimensiones y forma riñen con la misma pequeñez del artefacto, las pirámides y conos en que se sustituye con la cantidad la calidad, y sobre todo y por encima de todo, esas artificiosas y barrocas combinaciones en que las cajas de betún ó los frascos de conservas forman castillos, ramilletes de confitería, arcos triunfales, etc. Aunque fuesen bellos en sus formas, que no lo son, es el colmo del mal gusto; es una aberración punible servirse del objeto expuesto como de un material de construcción y apilarlo de un modo extravagante y pretender con ello llevar al más alto punto el arte del reclamo; es denunciar en otra forma y en nuevo sitio ese innato y eterno gongorismo del vulgo que adora lo complejo y lo violento, por violento y complejo precisamente, esto es, porque cree con error invencible que el mérito está en razón del esfuerzo aparente, y lo sublime del ingenio, en razón de lo disparatado y rebuscado. No veo ninguna diferencia, como no se halle en el tamaño, entre la aberración del que tiene por artístico reproducir una gran parada con los reyes y sotas de la baraja y el que remeda un castillo con cajas de dominó ú otro objeto por el estilo.

J. YXART.

LOS GRANDES DE ESPAÑA

Frecuentemente nuestros historiadores, cuando se refieren á los individuos de la nobleza que rodeaban á los reyes é intervenían en los negocios de Estado, les dan el título de *grandes*, esto aun refiriéndose á épocas anteriores á la de los Reyes Católicos.

En la historia de Aragón es más frecuente llamarlos *ricos-hombres*.

No es fácil tarea fijar cuándo el título de grande principió á ser tenido como distinción propia de cierta clase

de magnates, pero sí es sabido que hasta el reinado de Carlos V la *grandeza de España* no fué una distinción tasada á determinados próceres, ni que tuviese privilegios especiales, ni que necesitase de fórmulas y ceremonias para ser conferida.

Ello es que como preeminencia general á todos los títulos de Castilla los reyes les permitieron que estuviesen cubiertos en su presencia, costumbre que no se alteró por la venida á España de Felipe I *el Hermoso*, aun cuando éste procedía de una corte que se distinguía por el prolijo ceremonial de su etiqueta.

Cuando Carlos de Gante subió al trono castellano, siguieron los títulos gozando de aquel privilegio.

Llegó el año 1519, en que Carlos I de España fué saludado en Aquisgrán, por voto común de los electores, emperador de Alemania, quinto de aquel nombre, por cuya excelsa investidura vino á felicitarle á esta ciudad de Barcelona el duque de Sajonia, á nombre de los demás electores, inclinando el ánimo del soberano á que pasase á Alemania á ceñir en sus augustas sienas la corona del imperio, empuñando así en su mano las riendas de la más dilatada monarquía que registra la historia.

Hízolo así el rey, dirigiéndose á sus nuevos estados con un brillante séquito de la nobleza española, cuyos individuos, á pesar de que vieron que los más encumbrados próceres de Alemania se descubrían respetuosos ante el joven Carlos V, guardaron su preciado privilegio, permaneciendo ellos cubiertos en las más solemnes ceremonias.

Presto fué notado el hecho por los nobles del imperio, que se sintieron de ello, pues lo achacaban á soberbia de los grandes españoles, que se tenían, á no dudar, por mejores que ellos, cuando aquel privilegio se abrogaban, y á la vez mostrábanse quejosos del rey-emperador, que con su aquiescencia los humillaba.

Llegaron las quejas á oídos del monarca, y bien porque las estimase fundadas, bien porque no llevase muy en cuenta aquella que parecía descortés altanería, mucho más para él, aun no muy avezado á las cosas de España, que le eran peregrinas, llamó al duque de Alba, su mayordomo mayor, á quien encargó dijese á los nobles españoles que él no había ido á Alemania á procurarse enemigos, sino á granjear amigos, y por lo tanto que se descubriesen, que á su regreso á España él los mandaría cubrirse.

Cumplieron los magnates la orden soberana, pero no así el César lo prometido, antes al contrario, cuando tornaron á Castilla ordenó el rey que ninguno se cubriese.

Lastimáronse los títulos de acción tan empeñada, manifestando bien á las claras su disgusto, tanto que el emperador, hábil político, se persuadió de que no era prudente despojar á tan poderosos señores de un privilegio que, después de todo, no cercenaba su regia autoridad.

Resolvió, por tanto, volver sobre su acuerdo, pero hizo con habilidad bastante para que el pasado agravio se convirtiese en merced, y lo que antes era común facultad de todos los señores de título, á la verdad entonces limitados en número, quedase convertido en adelante en muy codiciada distinción, á pocos de ellos concedida.

Doce próceres sólo, como fueron doce los *Pares* del otro emperador su homónimo Carlo Magno, obtuvieron tan insigne distinción, cuyos poseedores se llamaron desde entonces con propiedad *Grandes de España de primera clase*.

Fueron éstos el duque de Medinasidonia, de la casa de Guzmán, el más antiguo y acaudalado de todos; el de Alburquerque, linaje de La Cueva; el del Infantado (Mendoza); el de Alba (Álvarez de Toledo); el de Frías, condestable á la vez de Castilla (Velasco); el de Medina de Rioseco, almirante de Castilla (Enríquez); el de Escalona (Pacheco); el de Benavente (Pimentel); el de Nájera (Manrique de Lara); el de Arcos (Ponce de León); el de Medinaceli (La Cerda), y el marqués de Astorga (Osorio).

Luego se establecieron las grandezas de *primera, segunda y tercera clase* que determinaban diferencias considerables entre unos y otros, usándose diversas ceremonias, según era la categoría, al tiempo de investir con ella á los agraciados.

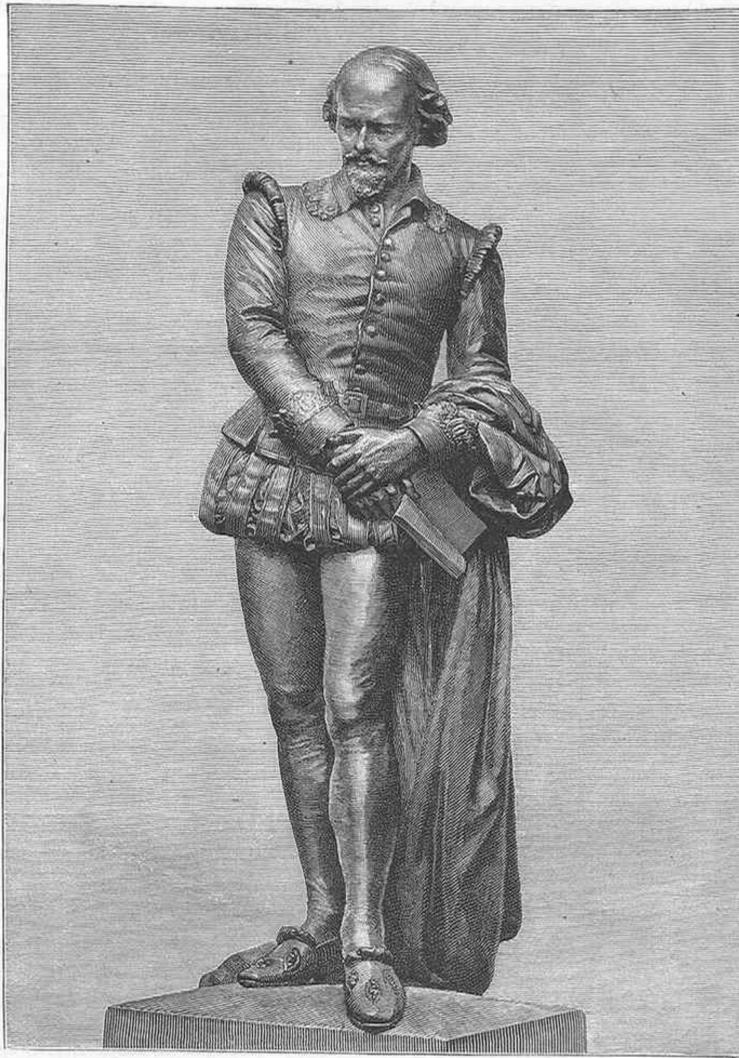
De está ceremonia, la de más nota y la que distinguía unos grandes de otros, era la que retardaba más ó menos el momento de cubrirse el grande en presencia del monarca.

Éste, llegado el punto de efectuarlo, aguardaba al título, sentado en medio de su corte.

Cuando la distinción era por derecho hereditario, aquél llegaba cubierto de luto á presencia del rey, pidiéndole licencia para besarle la mano.

El soberano le otorgaba su venia, preguntando á qué clase pertenecía, y si era la primera, llegaba acompañado de otros señores al salón donde estaba el monarca sentado, rodeándole los ministros y caballeros de su cámara, y en penetrando hacía una reverencia, otra en medio del salón y la tercera al pie del trono, donde se arrodillaba, besando la mano del rey.

Hasta los tiempos de Felipe II, éste se levantaba en-



LA ESTATUA DE SHAKESPEARE EN PARÍS, esculpida por Pablo Fournier

tonces, y aun dicen que hacía amago de quitarse el sombrero, pero en los de Felipe IV, éste recibía sentado.

Entonces el soberano, sin esperar á que el grande le dirigiese la palabra, le decía:

- Cubrios, duque, marqués ó conde de tal. Luego se cubría y se colocaba á un lado del salón, consistiendo en esto la grandeza de primera clase.

Cuando se daba la segunda, llegaba el agraciado, después de las tres reverencias, á besar la mano al rey y entonces, descubierto, decía:

- ¿Cómo está Vuestra Majestad? Y sin responder á esta cortesía decía el monarca:

- Cubrios, duque, marqués ó conde de tal. Obedecía éste y entonces contestaba el rey al saludo, retirándose luego el grande á un lado del salón.

Finalmente, cuando la grandeza era de tercera clase, el agraciado, después de las tres reverencias y besar la mano al rey, le preguntaba:

- ¿Cómo está Vuestra Majestad? El rey contestaba desde luego al saludo y el pretendiente se retiraba descubierto á un lado del salón, hasta que de allí á un rato le decía el rey:

- Cubrios, duque, marqués ó conde de tal. Se ve, pues, que, como dicho queda, dependía la especial diferencia de la ceremonia de la tardanza en cubrirse; pero, con todo, se estimaba tanto esta diversa categoría, que los de las clases inferiores anhelaban ascender á las superiores.

La grandeza era además real y personal. La primera se concedía al título y por tanto se transfería á su heredero, al paso que la otra se extinguía con la persona.

También su concesión se distinguía en ambos casos, pues en la real nombraba el soberano al grande por su título nobiliario, diciendo como se ha expuesto:

- Cubrios, duque, marqués ó conde de tal. En la personal, la designación la hacía por el nombre propio de la persona.

Así, cuando Felipe IV, hallándose en esta ciudad de Barcelona, confirió la grandeza al conde de Santa Coloma, famoso después por su trágica muerte en la rebelión de esta ciudad el día del Corpus, 7 de junio de 1640, le dijo:

- Cubrios, don Damián de Queralt. Cuando la otorgó al marqués de Eliche, primogénito de don Luis de Haro, quien ya la tenía real por merced suya, le dijo:

- Cubrios, don Gaspar Méndez de Haro, mientras no heredáis á vuestro padre.

En tiempo de Felipe III obtuvieron tan alta dignidad el privado duque de Lerma (Sandoval) y el de Sessa (Fernández de Córdoba), que la ganó por pleito. También la dió el príncipe de Marruecos Muley Xequé, cuando se estableció en Madrid y se bautizó en 1593, tomando el nombre de don Felipe de África, siendo del vulgo conocido por el *Príncipe Negro*, y es fama que dió nombre á la calle del príncipe, porque habitó en ella. Frontero de su casa vivió algún tiempo el autor del *Quijote*.

En el reinado de Felipe IV eran grandes de España de segunda clase el duque de Osuna, el de Pastrana, el de Béjar, el de Cardona, el de Peñaranda, el de Híjar, el de Villahermosa, el de Gandía, el de Braganza, el de Abeiro, el de Camiña (estos tres portugueses, antes de la independencia), el de Veragua, el de Ariscot, el de Aremberg (estos dos flamencos, leales á España), el de Guastala, el de Bracciano, el de Sermoneta, el de Monteleón, el de Montalto (éstos napolitanos), el de Alcalá, el de Terranova, el de Uceda, el condestable de Navarra, el de Nápoles, el duque de Medina de las Torres, el príncipe de Exiniano, el de Ascoli, el de Melito, el de Sulmona, el de Benessa, el de Botera (napolitano, casado con una hija natural de don Juan de Austria), el de Castiglioni, el de Orange, el de Linguen, el marqués de los Vélez, el de Villafranca, el de Priego, el duque de Feria, el marqués de Mondéjar, el de Santa Cruz de los Balbases, el duque de San Pedro, el príncipe de Amalfi y el marqués de Velada.

Muchos de estos grandes debieron tal distinción á Felipe IV, pues en su tiempo se distribuyó con menos sobriedad y dificultades de las que se propuso Carlos V, y la mediación del valido Conde-duque, quien desde luego se condecoró con ella, fué parte para que la consiguieran algunos, como su cuñado el conde de Monterey.

Esta prodigalidad, tal vez, ó el no reunir alguno de los agraciados las circunstancias relevantes que tan codiciada dignidad suponía, ó lo que es más cierto, el genio agresivo y maldiciente del célebre conde de Villamediana, le llevó á escribir un punzante soneto contra varios de los que disfrutaban la grandeza (1).

Pero no por eso dejó de seguirse confiriendo á muchos, y en 6 de enero de 1640 se dió al conde de Fuensalida, al de Oñate, con la calidad de personal, al marqués del Carpio, al de Aytona, al duque de Nochera, al de Tursis, al marqués de la Hinojosa, al de Camarasa, al de la Guardia y al de Leganés, habiéndola obtenido en años anteriores el conde de Alba de Liste, el duque de Zea, el de César, el de Maqueda y el conde de Lemos, éstos ya por merced de Felipe III.

Tenían además la condición de grandes los generales de las religiones de Santo Domingo y de San Francisco, el prior del Escorial, el Gran Prior de Castilla y el de León.

Aunque para ser grande era preciso ser vasallo del rey de España, Felipe IV concedió, por excepción, esta gracia al conde de Lenox, escocés, pariente del rey de Inglaterra, que fué á Madrid.

No enumero los grandes de tercera clase por no hacer prolijo este artículo.

Según la pragmática de 8 de octubre de 1586 (2) expedida por Felipe II, todos estaban obligados á dar á los grandes tratamiento de *señoría*, precepto repetido por Felipe III en pragmáticas de 2 de julio de 1600 y 5 de enero y 12 de abril de 1611 y de Felipe IV de 7 de agosto de 1636.

Sin embargo, el tratamiento que recibían era el de *excelencia*, por más que otros títulos, no grandes, quisieran escatimárselo (3), dando esto ocasión á dimes y diretes de cortesías, que á las veces dirimieron las espadas.

(1) Este mordaz soneto está lleno de calificativos y alusiones picantes, que hoy no es tarea fácil explicar, pues se referían á circunstancias ó hechos particulares, atribuidos á los personajes aludidos. Se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional (M. 200) y dice así:

REINANDO FELIPE IV

SONETO

Cierto que es buen señor el *Almirante*,
Y el de *Infantado* es hijo de vecino,
Peñaranda buen sastre, á lo divino,
Y á *Lemus* le va bien con la menguante:
El *Condestable* es pobre vergonzante,
Pastrana las apuesta al más pollino,
Figura de cartón *Híjar* mezquino,
Allamira oficial de pujabante.
Oropesa y *Veraguas* en la cuna,
Estatua es *Santa Cruz* de «aquí reposa»,
Bracero de Jimena *Villahermosa*,
Garnacha dió á los *Vélez* la fortuna,
Hijo á *Medinaceli*, poca cosa,
Sessa lechuza, carbonero *Osuna*.

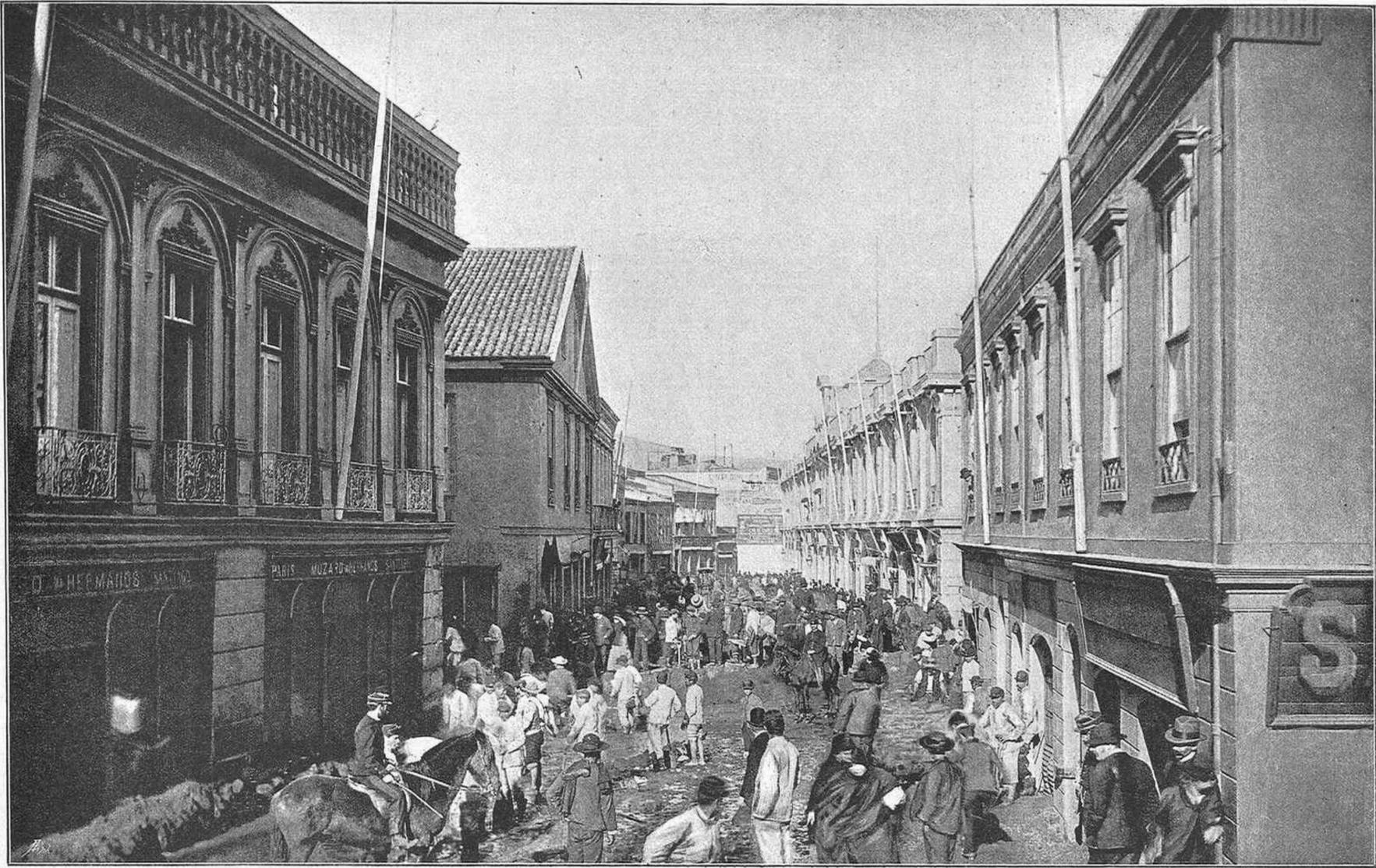
El soneto ha acabado
Y sólo á *Monterey* he olvidado,
Que, entre grandeza tanta,
Le hallé como escarpín en una manta.
No sé si tenga pena
De no asentar los grandes de docena,
Mas siéntense en la Cámara en cuadrilla,
Que el soneto no es banco de capilla.

Como se ve, habla el autor de los grandes de *docena*, ó sean los doce que creó Carlos V de primera clase, cuatro de los que cita. El último verso alude al privilegio que tenían los grandes de sentarse en la Capilla real, de que trato después.

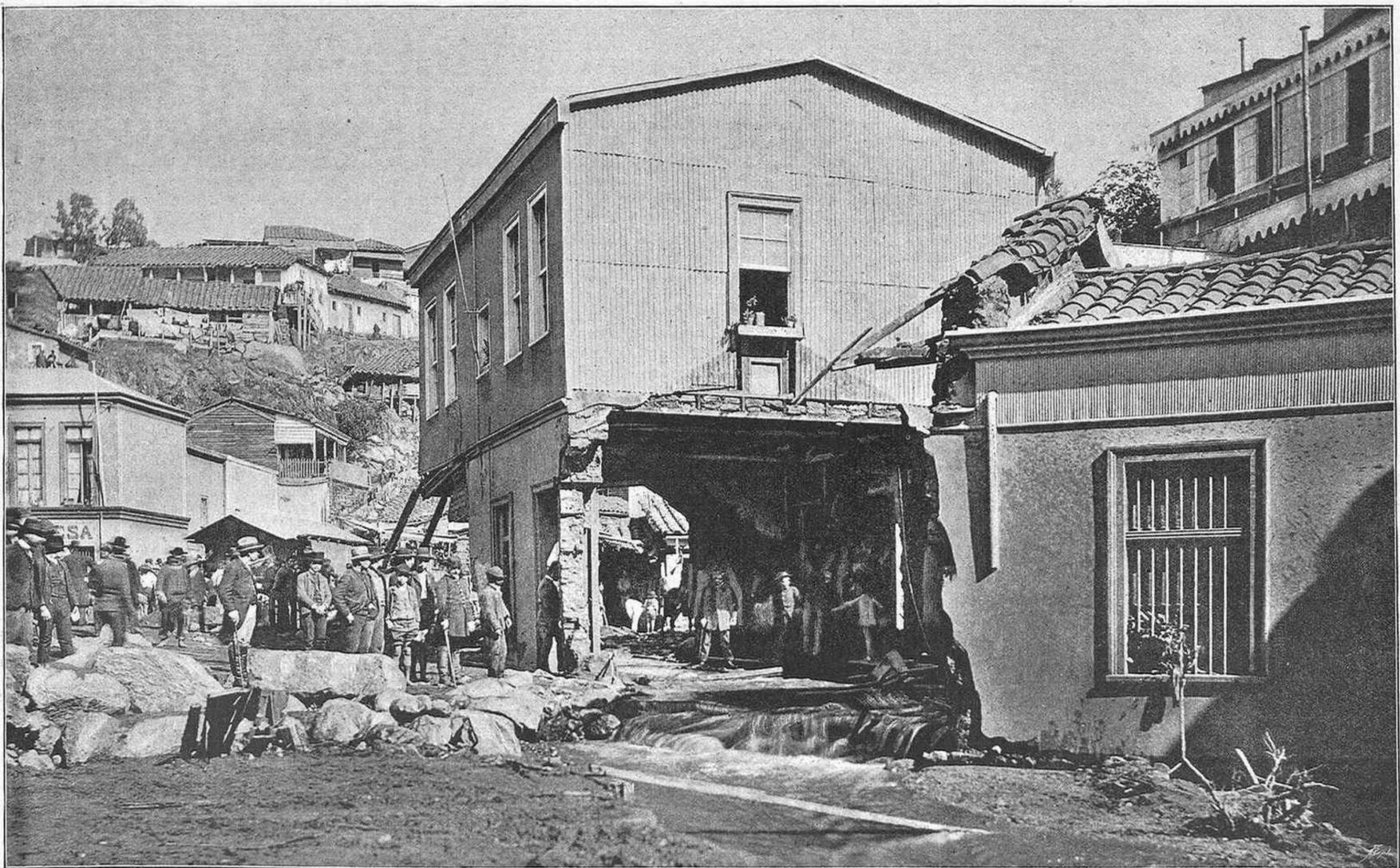
(2) Impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracián, en 1586.

(3) Vélez de Guevara en su *Diablo Cojuelo*, dice por boca de éste á don Cleofás: «Allí un vizconde, entre sueños, está muy vano, porque ha regalado la *excelencia* á un grande». En 1647 sacaron las espadas uno contra otro, el duque de Sessa y el conde de Latorre, sobre que éste no había dado al primero más tratamiento que el de *señoría*, siendo grande y no él.

CATÁSTROFES DE CHILE



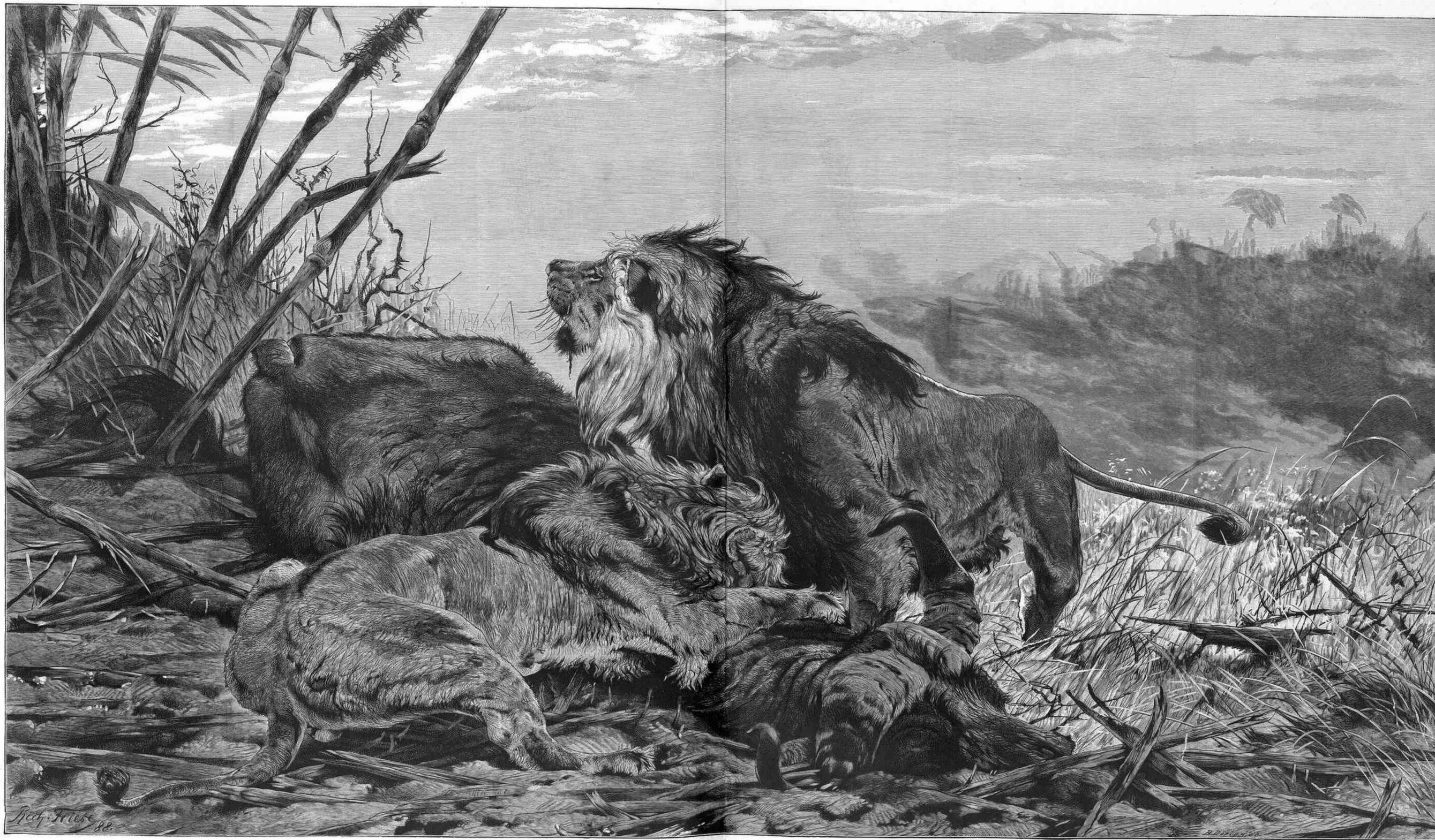
Valparaíso. — LAS TROPAS RECOGIENDO CADÁVERES DE ENTRE LOS ESCOMBROS EN LA CALLE DE SAN JUAN DE DIOS
(Copia directa de fotografía)



Valparaíso. — DERRUMBES DE LA CALLE DE BELLAVISTA (Copia directa de fotografía)

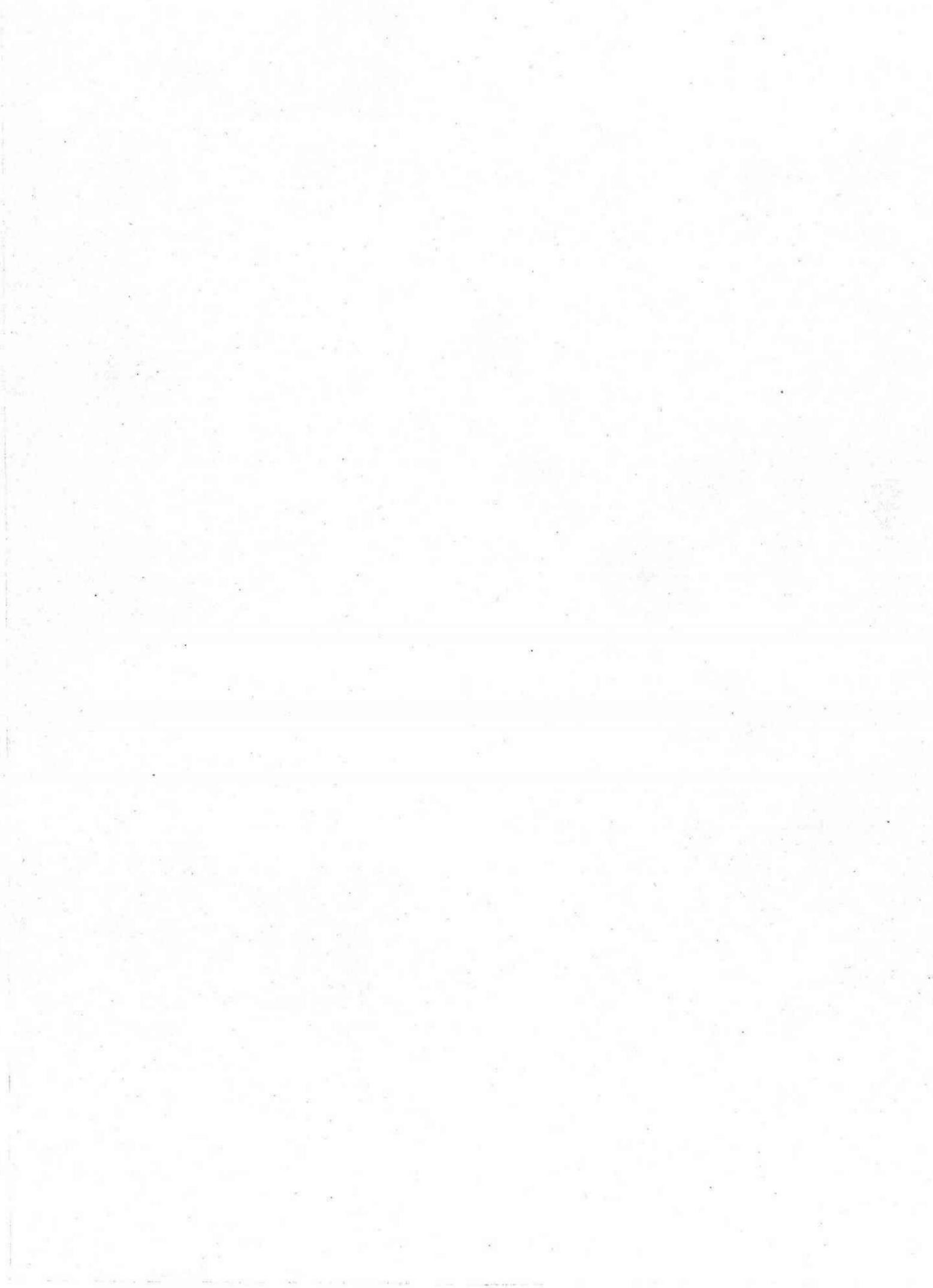
EM LA LAGUNA AL DESPUNTA

BRUNO DE LA TORRE



EN LA LAGUNA AL DESPUNTAR EL ALBA, CUADRO DE RICARDO FRIESE, DIBUJO DEL AUTOR

PREMIADO EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MUNICH

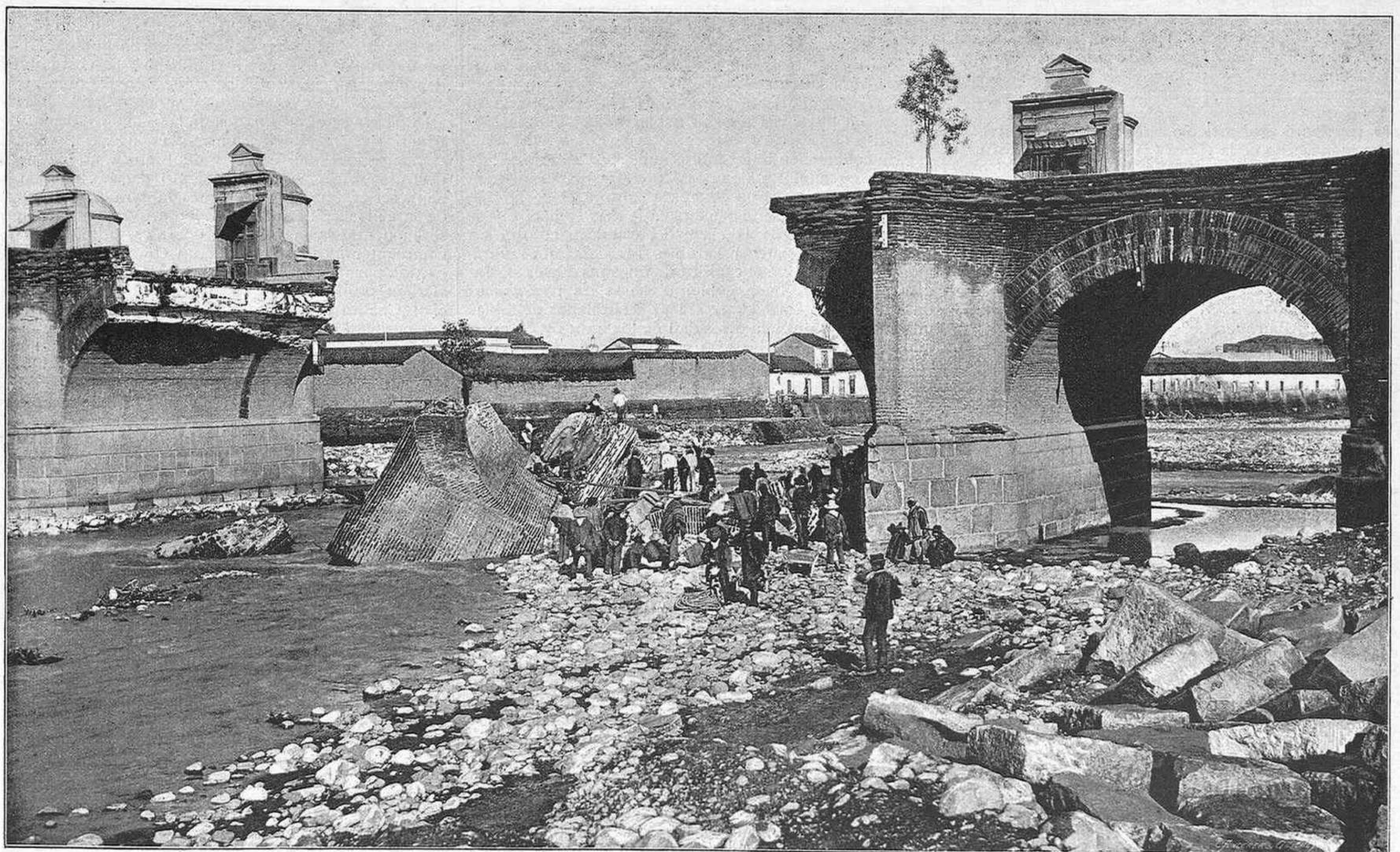


ALTA ... DE ...
...

CATÁSTROFES DE CHILE



Valparaíso. — ESTADO DE LA PLAZA DE ANIBAL PINTO, DESPUÉS DE LA INUNDACIÓN.
(Copia directa de fotografía)



Santiago. — SEGUNDO DERRUMBE DE DOS ARCOS DEL PUENTE DE CAL Y CANTO, VISTO DE CERCA DEL MACHÓN
(Copia directa de fotografía)

También las mujeres de los grandes tenían tratamiento, como sus maridos, y tomaban una especie de investidura de la grandeza que como á tales correspondía.

Para ello, en día determinado, iban á visitar á la reina, á cuyo acto solía acompañarlas gran comitiva de grandes y señores á caballo, yendo ellas en coche, con otra dama que las apadrinaba.

Cuando entraban en la cámara de la reina, para besarle la mano, se levantaba aquélla de la almohada de su estrado en que, según el uso del tiempo, estaba sentada, y las recibía en pie, hablaba con ellas un rato y luego les ofrecía también almohada. Cuando las damas eran parientes de la familia real, dábales dos almohadas, como hizo en Nápoles la infanta doña María, hermana de Felipe IV, cuando ya reina de Hungría iba á reunirse con su esposo Fernando III de Austria y fué visitada en aquella ciudad por la princesa de Botera.

Con tales ceremonias fué también á palacio en Madrid, en 16 de enero de 1640, la marquesa de la Hinojosa á besar la mano á la reina, porque, como dicho queda, había sido hecho grande su marido pocos días antes, haciendo de madrina la marquesa de Santa Cruz, á quien sirvió de braceró el marqués mismo de la Hinojosa y á su mujer el conde de Monterey.

Entre las preeminencias de que entonces disfrutaban los grandes estaba también la de que no podían ser presos sin cédula real que lo mandase, y entonces debía ejecutar su prisión, no un alcalde de corte, sino otro grande.

Cuando en los Reales Consejos se veía algún pleito suyo, tenían el primer asiento á la derecha del presidente, y sus causas criminales se determinaban en una junta nombrada para ello por el rey.

Las embajadas y legaciones solían ser desempeñadas por ellos, y en cambio de estos privilegios estaban obligados á servir al rey en la guerra con cierto número de soldados.

Por eso Felipe IV, apurado en 1637 con la guerra de Cataluña, escribió á todos los grandes para que en 1.º de enero se hallasen reunidos en Burgos, avisando cada uno con cuántos soldados podía servir á Su Majestad (1).

El mismo mandato repitió en 1644, ordenando que los grandes le asistieran en la guerra dicha, reuniéndose en Berbegal, entonces plaza fuerte aragonesa, distante dos leguas de Monzón.

Uno de los privilegios de que los grandes hacían más estima, era el de concurrir cubiertos á las funciones de la Capilla Real, donde, como los embajadores de las potencias católicas (2), tenían un banco especial en el que se sentaban según orden determinado, aunque en ocasiones no lo guardaron, como sucedió en la jura del príncipe de Asturias, celebrada en la iglesia de San Jerónimo, en Madrid, el 13 de enero de 1608, á cuyo solemne acto concurren, como tales grandes, solamente el duque de Lerma, el Condestable de Castilla, el conde de Miranda, el de Alba de Liste, el duque de Zea, el conde de Lemos, el duque de Alba, caballero del Toisón, el almirante de Castilla, el príncipe de Marruecos, el duque de Feria, el adelantado de Castilla y los duques de Maqueda, César y el Infantado, entre los que había, como se ve, de primera y segunda clase.

No terminará este artículo sin transcribir las rentas que un manuscrito de la época (3) expresa que disfrutaban algunos de estos grandes. Era las siguientes en 1582, fecha del documento:

	DUCADOS
Duque de Medinasidonia	200,000
Id. de Frías	70,000
Id. de Medina de Rioseco	120,000
Id. de Alba	100,000
Id. de Alburquerque	100,000
Id. de Escalona	100,000
Id. de Osuna	100,000
Id. de Arcos	80,000
Id. del Infantado	120,000
Id. de Sessa	70,000
Id. de Medinaceli	50,000
Id. de Najera	40,000
Id. de Béjar	75,000
Id. de Gandía	16,000
Id. de Maqueda	40,000
Id. de Feria	40,000
Id. de Villahermosa	15,000
Id. de Veragua	12,000
Príncipe de Melito	30,000
Gran Prior de Castilla	50,000
Id. de San Marcos de León	35,000

Hoy la grandeza de España sigue siendo una distinción de alta estima, por más que no tenga la importancia y el significado de sus primeros tiempos, acaso por haberse hecho más asequible y porque no disfruta ya de ciertos privilegios incompatibles con las modernas instituciones políticas.

JULIO MONREAL.

(1) Bibliot. Nac., MS. II, 71.

(2) Estos embajadores eran solamente los de Francia, Venecia, Alemania y el Nuncio.

(3) Bibliot. Nac., MS. S, 51.

EL TEATRO TAGALO

I

Imposibilidad de investigar sus orígenes. — Son los filipinos raza sin historia. — La lingüística y la craneología. — Supuestas reminiscencias del teatro chino y japonés. — *Los pasos de la Pasión*. — Únicamente el genio español ha sacado un tanto á los filipinos de su inercia intelectual.

Pierden el tiempo los que buscan en las historias de Filipinas datos que demuestren la potencia intelectual de la raza tagala, y algo semejante nos ha de acontecer á nosotros en esta peregrinación que emprendemos hacia los orígenes del teatro indígena. Como propiamente comienza la historia del Archipiélago con nuestra conquista en los últimos años del siglo XVI, y no era dado á los escritores de entonces penetrar muy á fondo en las costumbres del país, que únicamente los frailes y algún togado estudioso, como el doctor Morga, solían analizar y discutir cuando se relacionaban con los sucesos políticos, resulta por todo extremo difícil apreciar el estado moral de aquel hormiguero de razas heterogéneas que constituye la población filipina, en el momento que Miguel de Legaspi y el padre Urdaneta establecen á las orillas del Pasig una dominación más artificial que sólida. Verdad es que semejante estudio no debe tampoco emprenderse con esperanzas de medro para la ciencia, sino por el afán que aqueja á los modernos de investigarlo todo, aunque tengan la certidumbre de llegar á perderse en el vacío.

Del conjunto de los documentos y memorias que los conquistadores nos dejaron, puede inferirse claramente el escaso valor que, bajo ciertos aspectos, á la tierra y la gente concedían, diciendo de ellas el mismo Adelantado en su carta al capitán mayor de la Armada portuguesa del Maluco, Gonzalo Pereira, en los primeros días de su entrada por Cebú, que «no es de tanta calidad y codicia que á nadie convide.» Aun ahora, hallándose tan mudadas á impulsos del cristianismo y la civilización española, que parecen sin duda otra tierra y otra gente, es posible todavía reconocer la exactitud de aquellas primeras pinturas, que coinciden en el estado misérrimo y selvático en que las hallaron nuestros antecesores, así como en ponderar cuánto reinaban allí la holganza y los vicios todos, que siendo enemigos mortales del trabajo, forzadamente han de serlo del desarrollo intelectual y de las obras en que se ponen juntos y al unísono el pensamiento y las manos del hombre. En el fondo, por decirlo así, del filipino más culto y activo de nuestro tiempo se vislumbran todavía los rasgos del retrato que con tanta exactitud hicieron los primeros cronistas, y viénesse á la memoria mil frases parecidas á aquellas de fray Gaspar de San Agustín, en sus *Conquistas de las islas Filipinas temporal y espiritual*, donde dice: «Son muy dados á la ociosidad, y como ellos tengan para comer un día, descuidan de buscar para otro, y huyen tanto del trabajo, que por ningún interés le aprecian, queriendo más estar ociosos que muy bien pagados; así no tuvieron nunca riquezas, más que lo necesario para sus personas, pues aunque en todas sus islas las había, sólo en extrema necesidad las buscaban.»

Este conocimiento del indio, que pudo ser difícil de adquirir en aquellos tiempos á hombres para quien era peregrino, exótico y aun abstruso cuanto á él se refería, pero que hoy no puede ocultarse á la más somera observación, así como dá la clave del estancamiento de un país donde sólo parecen posibles los desarrollos puramente vegetales, fué el espíritu de nuestras Leyes de Indias y bandos de buen gobierno, hasta las *Ordenanzas* de 1768, cuyos artículos 71 á 74 están llenos de sabias prevenciones contra la ociosidad de los indios y de apremios á las autoridades para que los hagan trabajar, prevenciones que por ser ya incompatibles con la política moderna, intransigente con la incultura y desconocedora del desnivel intelectual de las razas, van cediendo su puesto á los antiguos vicios y miseria que tienen tanta parte en la crisis actual de Filipinas. Obra el carácter del indio de las leyes que rigen su naturaleza, siempre que se le dejó entregado á sí mismo se tocarán los mismos resultados.

Ni ¿cómo habríamos de encontrar en las historias españolas rastro alguno de la vida interior de aquel pueblo, cuando el de sus infinitas lenguas y dialectos, primera manifestación de todo carácter nacional que al observador se impone, todavía no ha salido del estado nebuloso, á pesar del celo infatigable de nuestros misioneros, que han tejido á España una verdadera corona literaria, en que descuella la lingüística como uno de sus más preciados florones? En efecto, ni los Jacquot, ni los Mallats, ni los Jagor, ni los Blumentrit, ni los Meyer, escribiendo como lo hacen en los países más cultos de Europa, y teniendo á la mano cuantos elementos proporcionan la crítica y la erudición, han avanzado muchos pasos por la difícil senda que abrieron desde sus modestas celdas de Manila, el padre Chirino, el padre san José, el padre san Agustín, el padre Totanes, el padre Martínez de Zúñiga y tantos otros, pudiéndose asegurar sin hipérbole que las cuestiones fundamentales de aquella lingüística exótica están hoy sobre poco más ó menos en el punto mismo en que tan respetables varones las dejaron, no habiéndose averiguado siquiera si la escritura primitiva de los indios era como la de los chinos, de arriba abajo, ó como la de los árabes, de derecha á izquierda, ó en fin de aba-

jo para arriba, comenzando á la izquierda para continuar á la derecha, según pretenden otros.

De memorias escritas, piedras labradas, metales ó restos siquiera baladíes de civilización anterior á la española, tampoco se halla vestigio alguno que merezca fe racional, pues los escasos ejemplares que describen los cronistas debieron de ser hartó insignificantes, si juzgamos por el que el autor de la obra ya citada nos ofrece: «Tienen (dice) sus letras y caracteres como los de los malayos, de quien los aprendieron, y como ellos escriben con unos punzones en cortezas de caña y hojas de palmas; pero nunca se les halló escritura antigua alguna, ni luz de su origen y venida á estas islas, conservando sus costumbres y ritos por tradición de padres á hijos sin otra noticia.»

Parece ahora que por el prurito de fundar escuela, alardeando de novedad y alambicamiento, algún escritor alemán pretende haber encontrado signos, jeroglíficos y aun libros enteros, como los que Víctor Hugo en sus éxtasis apocalípticos leía en las piedras de la catedral de París; y ¿dónde creerán nuestros lectores que los encuentra? en las rugosas cortezas de los árboles seculares y en los gigantescos bombones de los bambúes que sombrean los grandes ríos oceánicos; teoría tan extravagante é infundada, á primera vista, como la de cierto autor de aquel país, que escribe en el nuestro á su manera hispano-tagala, el cual ha dedicado un libro entero á probar la existencia de una como civilización y prehistoria filipina, donde abjurando las preocupaciones anti-chinicas de su raza, para caer en otras peores, siente latir la influencia del Celeste Imperio en casi todos los usos y costumbres de los filipinos, siendo así que lo que mejor demuestra su falta absoluta de aptitud para apropiarse la civilización es justamente el haberse hallado muy escasas huellas de la de los chinos en los contemporáneos de Legaspi y Urdaneta. Cualquiera vislumbre de ella que se descubra, será indudablemente posterior á la época en que el contacto con nuestra civilización los enseñó á reconocer y admitir la superioridad moral con más ó menos acierto y energía.

Y pues hemos hablado de prehistoria por valerlos de un vocablo corriente y usual, aunque el concepto que expresa parezca inaplicable de todo en todo á los pueblos filipinos, ocasión es de añadir un dato peregrino sobre materia que justamente con la lingüística, redondea el sentido más alto de la nueva ciencia prehistórica. Piensan algunos fantaseadores haber encontrado en las cavernas de Filipinas restos del hombre primitivo, semejantes á los que todos los días se encuentran en las cavernas del Norte de Europa y de nuestras provincias andaluzas; pero pronto vienen antropólogos tan eminentes como el doctor Virchow á declarar, ilustrando á Jagor, que los cráneos llevados á Berlín por éste de las cuevas de Lanang y Nipa-nipa, á pesar de su aplastamiento y sus analogías con los *macrocéfalos* de Crimea, de que habló Hipócrates, difícilmente tendrían una antigüedad anterior al siglo XVI, presentando algunos de ellos síntomas indudables de haber padecido sífilis, que es curioso desenganar para los partidarios de la prehistoria filipina. Ni tampoco denota antigüedad remotísima la costumbre de deprimir artificialmente los cráneos de los niños, con la cual ha querido engalanarse la supuesta prehistoria del archipiélago, pues los indios de la costa occidental de la América del Norte hoy mismo la conservan, y hasta en ciertas regiones de Austria y de Francia no ha podido destruirse. A mayor abundamiento, declara también Virchow ser casi imposible precisar la raza á que muchos de aquellos cráneos pertenecieron, por el atraso en que se encuentra la craneología oceánica, admitiendo sólo como auténticos los restos de un cimarrón, cuya cabeza partida por un sablazo halló Jagor en el monte Isarog... víctima probablemente de un cuadrillero ó un guardia civil. Cuanto á cerámica é indumentaria, si algunos objetos curiosos se han hallado revelan origen chino ó japonés.

He aquí en breve y curiosísimo compendio todos los elementos que de la cultura y de la vida indígena anterior á la llegada de los españoles han podido traerse á la discusión científica, elementos que sólo por virtud de grande esfuerzo y optimistas concesiones pueden aspirar á la categoría de hipótesis, con que se prueba la dificultad invencible que toda investigación ofrece en un país destinado al parecer por la Providencia á génesis perpetuo. ¿Cómo hallar en él antes de nuestros días una literatura nacional, un teatro propio, ni manifestación alguna de su carácter, de su lengua y de su vida suprasensible? Razas de aluvión, por decirlo así, pertenecientes á los últimos grados de la escala humana, faltas de virilidad y de espontaneidad, ni siquiera al contacto con los portugueses y los chinos, que Legaspi encontró introducidos unos y establecidos otros en el país, debieron de pulirse en manera alguna, toda vez que ni sus instituciones ni sus costumbres presentan reminiscencias de tales modelos, habiéndose en cambio asimilado no poco de las razas arábicas del Mar Rojo, que por Joló y Mindanao los invadían. Esta circunstancia prueba su inferioridad étnica que los hizo preferir los elementos más refractarios á la civilización, como prueba también los esfuerzos y la virilidad que ha tenido que desplegar la nuestra para imponerseles y apartarlos de tan mal camino.

Y sin embargo, los chinos, que les eran mucho más similares que las otras razas vecinas, los habrían á poca costa enseñado á guardar siquiera memoria de sus hechos en haces de hoja de palma, á escribir en tabletas los nombres de sus antepasados y á no dejar á la posteridad á oscuras, como vulgarmente se dice, de cuanto se rela-

ción con su existencia histórica. Aquel pueblo, donde ya en el siglo XIV encontraron Marco Polo e Ibn-Batuta elementos de civilización tan fecundos como la imprenta, que se cree inventada allí en el siglo VI de nuestra Era, habiéndose perfeccionado con la construcción de los caracteres móviles por Pi-Ching en 1045, tuvo desde los primeros tiempos filosofía, literatura, historia y sobre todo un teatro ligado íntimamente con la religión y la filosofía, que se asemeja no poco al de Europa en la Edad media, punto curiosísimo que no se ha estudiado bastante. El prurito de discutir en escena las cuestiones mitológicas, filosóficas y religiosas, tendencia inmemorial del teatro chino, donde a los pocos momentos de levantarse el telón adivinan ya los espectadores si el poeta es sectario de Lao (racionalista) ó de Fo (budista, tradicionalista), acusa una potencia intelectual, que indudablemente se hubiera impuesto al genio tagalo, á no tener éste una potencia por lo menos igual para resistir toda asimilación á razas que no le sean completa, absolutamente y de todo en todo superiores.

Solfan, y suelen estar los teatros de China, en los patios ó plazoletas que dan entrada á las pagodas, alzados en plataforma al aire libre, donde algunas como capillas repartidas por el patio hacen las veces de nuestros palcos, alquilándose á beneficio del sacerdote ó del culto búdico. Es tan antigua esta que podemos llamar institución del teatro en China, que, si no mienten las pintorescas historias del Imperio Celeste, ya 1766 años antes de Jesucristo se vió obligado el emperador Tchung-an á prohibir las comedias por el estrago que hacían en las costumbres, prohibición que se solicitó nuevamente de Lionen-Van, por la mala conducta de los cómicos, en 827. El padre jesuita Alonso Sánchez, citado por Pellicer en su *Tratado histórico de la Comedia y del Histrionismo*, dejó en su manuscrita *Relación de las cosas particulares de la*

China pintados de la manera siguiente los espectáculos que había presenciado: «Son grandes representantes con tablado, vestidos, campanas y atambores, coros y voces á sus tiempos; y yo he visto comedias de diez ó doce días con sus noches, sin faltar gente en el tablado ni quien mire. Van saliendo personajes y escenas diferentes, y mientras unos representan, otros duermen ó comen, ó tratan cosas morales y de buen ejemplo, pero envueltas en otras no tales y de gentilidad.»

Donde quiera que la China ha ejercido realmente su influencia, el teatro existe desde tiempos remotos, aun tratándose de pueblos no menos rudos que el tagalo, como acontece en Cochinchina. El escritor contemporáneo Tru-Ong-Vin-Hy, en su *Curso de Historia Anamita*, publicado en Saigón en 1875, cuenta las guerras civiles encendidas en el siglo XIV (1370 á 1373) por Nhu-lé, que pasaba por hijo del rey Cung y de una cómica, siendo así que aquél se había casado con ella estando ya embarazada de Nuth-lé. El teatro existía, pues, en Cochinchina en tan remota fecha, sin duda llevado por los chinos, de cuyo emperador era feudatario el anamita.

El hecho de haber habitado antiguamente en Manila una colonia japonesa casi tan grande como la china, es dato que no debe omitirse para apreciar la falta de espíritu asimilador de los tagalos y la ineficacia de su contacto con dos pueblos tan superiores en la esfera intelectual. Porque es de saber que los japoneses tienen también su teatro nacional, digno de que el cónsul de Francia en Yokohama le haya consagrado recientemente un curioso estudio en la *Revue d'Art dramatique*, y si bien no faltan observadores ligeros que de algunas costumbres tea-

trales japonesas y chinas pretenden hallar reflejos en las de los indios, basta á desvanecer tan infundada creencia un mediano conocimiento de la historia del teatro en Europa y principalmente en nuestro país, que, como luego veremos, es el único que ha sabido sacar un tanto á los indios de su inercia intelectual. Parece, pues, que los autores japoneses no imprimen sus obras, ni aun las escriben siquiera, sino que dan á las compañías el argumento, expresado en breve papel, y luego los cómicos tejen sobre aquel argumento la urdimbre que su ingenio les inspira, y así resulta en cada representación una obra distinta y nueva en la forma, que según al público agrada ó no en las diferentes representaciones, va tomando ser y desarrollo definitivo, hasta quedar como al fin obtiene más aplausos. Resultan por este procedimiento los cómicos japoneses verdaderos improvisadores, y no hay duda que han de hacerse los más hábiles del mundo en el arte teatral, toda vez que para crear ellos mismos la pasión y la espresión, la forma y el tejido del drama, han de reunir extraordinaria suma de aptitudes especiales que suelen estar reñidas unas con otras, pues tan raro es el poeta que declama bien sus versos, como el comediante que los hace siquiera medianos. Ni el toque de la dificultad en esta materia consiste únicamente, como es sabido, en hacer buenos versos y declamarlos, sino que el conocimiento del gusto público, el arte de interesarle y conmoverle, de contrastar las pasiones y mover las figuras dramáticas y las mil y mil circunstancias que en una obra escénica han de concurrir para el aplauso, constituyen lo que Moratín llamó difícil facilidad, frase felicísima que lo dice todo.

celente libro *El Teatro en Sevilla*. Ni el hecho de ser manuscritas las obras dramáticas prueba tampoco otra cosa que infancia teatral y pobreza de la profesión literaria, que lo mismo acontecía en España en aquellos tiempos en que empezamos á exportar nuestras costumbres á los países ultramarinos, pudiendo asegurarse que ni el quinto de las obras representadas en nuestros teatros veía la luz pública.

Queda finalmente la duración de las representaciones, como dato definitivo en que se apoyan también los que encuentran reminiscencias chinas y japonesas en el teatro tagalo, en lo cual van ciertamente no menos errados que en sus restantes hipótesis, pues los *Pasos de la Pasión* que se representaban en cuaremas, solían ser interminables, quizás duraban toda ella, habiendo llegado los italianos y franceses mucho más allá que los chinos y nosotros en este punto, que después lo será de más largo capítulo en este trabajo por la trascendental importancia que tiene en la literatura y costumbres de los indios.

Finalmente, en el hecho de alterarse los textos en las representaciones, como en el teatro japonés, y en el de haber sido hasta la época moderna muy raro que las mujeres tomaran parte en ellas, lo cual en el Japón estaba prohibido, hay no menor desconocimiento de la historia dramática y de la verdad de las cosas. Nosotros poseemos comedias muy conocidas y populares en Filipinas, en copias facilitadas por sus mismos autores, de quien tagalos inteligentes nos aseguran ser las mismas que ellos están viendo representar todos los días, y aun advierten que si alguna alteración suele notarse, es cuando los cómicos olvidan el papel ó lo tienen mal aprendido, que



FLORES Y AROMAS, cuadro de Juan Costa

Cierto que no ha sido posible encontrar hasta hoy en Filipinas una sola comedia impresa, y que los representantes las suelen alterar no poco en cada función, de donde aquellos vulgares observadores deducen la imitación japonesa de que venimos hablando; pero sin que se tomen nuestros asertos por exactos de todo en todo, pues son poco expansivos en esta materia los indios que entienden algo del teatro tagalo y se recatan además de los españoles como niños, circunstancia que nos inspira el temor de no haber profundizado bien nuestro estudio, podemos asegurar desde luego que los poetas tagalos escriben enteras sus comedias, aunque no las impriman por falta de fondos, y porque del hecho de facilitar copias para la representación libran la única utilidad material que su trabajo les reporta. De aquí que sólo circulen estas copias entre los cómicos que las han adquirido, costumbre que por cierto no han necesitado copiar de los japoneses, porque es puramente española, y tan pura y castiza, que uno de los deberes del juez especial de comedias era impedir que ningún cómico representase obras que fueran propiedad de otro, y esta propiedad había de justificarse con la firma del poeta en la copia vendida al cómico.

Así estaba establecido en Sevilla en la primera mitad del siglo XVII, y sabido es que de allí salieron con el sello de la casa de Contratación los moldes para casi todas las cosas de ambas Indias. Este curioso y desconocido dato de la propiedad de las comedias lo aclara y define perfectamente el juez de ellas que había en la ciudad andaluza en 1639, en cierta representación que hizo á Su Majestad justificándose por haber prohibido *La Batalla Naval de los Galeones*, comedia que sin duda se refiere á la gloriosa victoria alcanzada por nuestras armas en la bahía de Todos los Santos en 16 de marzo de 1638. Ha publicado este peregrino papel don José Sánchez Arjona, en su ex-

entonces hacen ni más ni menos que los nuestros, entremeter lo que en la jerga teatral se llama *morcillas*, con la diferencia de que estos pegotes y embutidos suelen tomarlos de los romances populares que llaman ellos *corridos*, referentes al mismo asunto y que nunca les faltan, pues el repertorio, como se verá luego, está limitado á unas cuantas obras populares de origen español, de que poseen á un tiempo romance y comedia, en sendas traducciones tagalas. De la ausencia; en fin, de las mujeres, poco hay que decir que no sea muy definitivo y muy español, como tomado de nuestros autos litúrgicos y sacramentales, donde las mujeres eran sustituidas por muchachos de buen parecer y acicalados, lo que tenían algunos por mayor inconveniente que el representar las mujeres mismas, según el papel sobre *Abusos de comedias y tragedias*, que extracta Pellicer en su citado libro. Hasta mucho después de celebrado el concilio de Trento duró en Gerona la costumbre de representar el *Paso de las tres Marías* los tres canónigos más modernos del cabildo catedral.

Vesé, pues, que no hay modo alguno de dar en el embrión del teatro tagalo parte mínima siquiera á los pueblos que por su cercanía y similitud pudieron crear la prehistoria filipina, y ahora seguiremos demostrando que este, como todos los escasos elementos civilizadores que han podido aclimatarse en tierra tan movediza y exótica, proceden del gran tronco español y llevan el sello caballeresco-místico de nuestra raza.

VICENTE BARRANTES

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

ASTROLOGÍA CHINA. — El celeste Imperio, que no cuenta menos de 400 millones de habitantes, más de la cuarta parte de la huma-

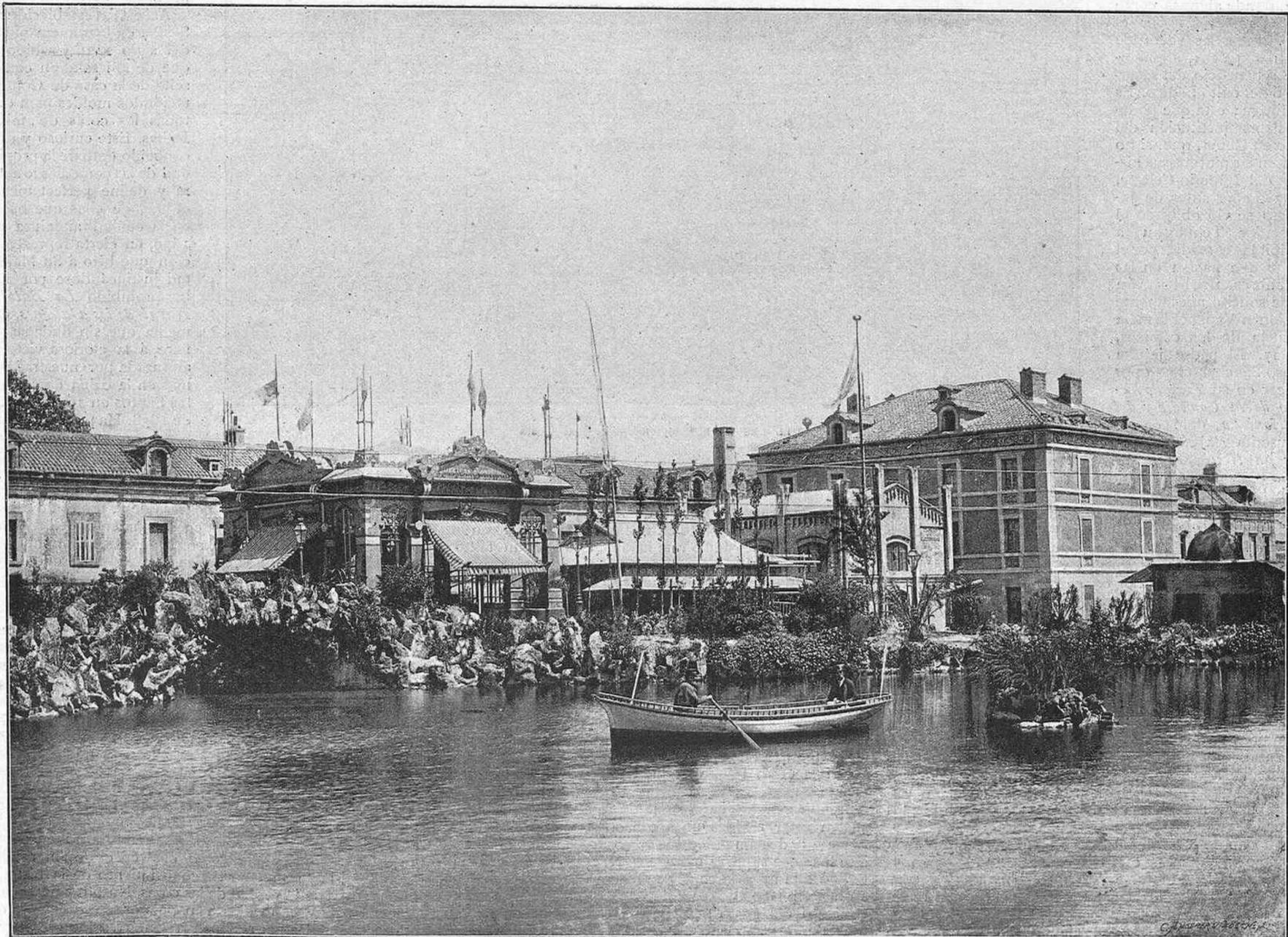
nidad, está gobernado por los principios de la astrología judiciaria. Habiendo llegado el emperador á la mayoría, ha consultado la emperatriz á los astrólogos de la corte, para saber cuál era el día en que los astros serían más favorables á la trasmisión del poder. Los astrólogos han fijado uno de los primeros días del próximo año chino. Lo más curioso es que los cálculos astronómicos necesarios para el establecimiento del calendario están hechos por europeos que llevan el título de auxiliares. Los indígenas están encargados de sacar las consecuencias astro-lógicas de la situación de los astros en el curso de sus revoluciones anuales que preven los europeos.

INFLUENCIA DEL CALENDARIO EN LAS EMOCIONES POPULARES. — Teniendo los musulmanes de la India un calendario lunar y los indostanos un calendario solar, suelen llegar años, como 1888, en que la gran fiesta de los unos coincide con la gran fiesta de los otros, celebrándose á la vez á Mahoma y á Brahma. Entonces puede verse lo que son los odios religiosos. Según las correspondencias de la India, habiéndose encontrado las procesiones rivales en las calles de Agra, de Razipur y de Curg, tuvieron que mediar las autoridades británicas y recurrir á las tropas para evitar que se degollaran unos á otros, poseídos de santo fervor religioso. En Nujibabad hubieron de entenderse los dos partidos para dar muerte á los magistrados que se oponían á estas sangrientas procesiones, y sólo poniendo las tropas sobre las armas, se evitó la rebelión contra la autoridad, aunque no sin que corriera la sangre entre ellos, resultando muchos indígenas muertos y gran número de heridos, más ó menos gravemente.

[(Del periódico: *La Nature*)]



RETRATO DEL ARTÍFICE J. LUTMA, fac-símil de un agua fuerte de Rembrandt



Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIONES JUNTO AL LAGO

(De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN